

Frete libertario

Madrid, 7 de julio de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro

NUMERO 516

Nuestra resistencia desgasta al fascismo

MIENTRAS TANTO AUMENTA LA POTENCIALIDAD DE LAS DEMOCRACIAS

Va vamos teniendo noción clara de la intención que guía la fiema de Chamberlain y la aparente tranquilidad del Gobierno francés. Y como el acierto de nuestra actuación depende de ver o no ver claro en el panorama internacional, aportaremos nuestras observaciones por lo que valgan.

El eje Berlín-Roma inquieto seriamente a las democracias de Europa. A solas con sus ensueños de grandeza Hitler, nada había que temer, pero unido en aspiraciones sin niestras a Mussolini, ya era otra cosa. Intentarían dar un formidable papirotazo al Tratado de Versalles, para reintegrar a Alemania territorios y predominios en el Centro de Europa que la situasen en posiciones ventajosas para atacar a Francia y sacarse la espina de la Gran Guerra. Italia, por su lado, encontrando la colaboración y ayuda de Hitler, podría invadir España y quedarse con las Baleares y con alguna otra posición valiosa en el Mediterráneo, que fueran bases para alcanzar, más tarde, territorios africanos. Y como había que asegurar la quietud de Rusia y la expectación de Norteamérica, decidieron los megalómanos fascistas enlazar con el Japón, que se podía bastar para invadir China e inquietar sobradamente a Rusia y Norteamérica.

Se comprenden los sobresaltos de Inglaterra y Francia. Chamberlain siempre que escribimos Chamberlain, léase los capitalistas de la City— estudiaron concienzudamente el problema. Había dos caminos: la guerra, con todas sus consecuencias dramáticas y con la seguridad de que la conmoción rebasara los deseos burgueses y democráticos, o el chafaleo diplomático, conducente a buscar el traidor que rompiera el eje. No había opción. Con la segunda solución —y aun desconociendo como inevitable, a más largo plazo, la hecatombe— quedaba tiempo para el rearme francés e inglés y para tomar las previsiones. Pero esto no bastaba para los planes nada maquiavélicos de los capitalistas de la City. Había que procurar que los países fascistas se desgastaran en la misma medida que aumentara la fuerza y la potencia franco-británica.

La solución estaba en la guerra de España. Alargar esta guerra, no importa por cuantos medios y dilaciones, sería sangrar, desgastar la fuerza bélica y económica de Mussolini y de Hitler. Sería conocer, de paso, los avances y posibilidades de los Ejércitos alemán e italiano. El cebo de España resultaba magnífico y carnaza exquisita para los tiburones totalitarios. Morderían el anzuelo, se clavarían el arpón, y al cabo, perdiendo sangre y fuerzas, tras de coletazos imponentes, tendrían que entregarse... a los prestamistas. En ese momento aparecería

el traidor del melodrama, que sería el más necesitado de auxilios para seguir mintiendo a su pueblo. Hitler ha sabido reservarse. Nación más rica y él más cauto, se anexionó Austria sin sangre ni lucha, sin desgaste, y ha enviado a Franco menor cantidad de material y de elementos. Ha enviado lo preciso para apuntar certeramente, por un lado, al estrecho y Peñón de Gibraltar, y por otro, al Pirineo francés, y a las industrias vitales del Mediodía de Francia.

¿Menguado papel el nuestro? No, compañeros; trágico, y a la vez sublime. Porque España no perecerá y sabrá resistir hasta que se encuentren bien armados los unos y suficientemente desgastados los otros. Va en la resistencia nuestra existencia como pueblo y todas nuestras ilusiones. Pero va algo más: va el porvenir, que tendrá que ser radiante y esplendoroso, porque, con la victoria, podremos cobrarnos de las democracias que nos pusieron como cebo de buitres o de tiburones las energías perdidas y la libertad para restaurarlas.

Es necesario pensar seriamente en el reajuste de nuestra economía

Es indudable que la capacidad adquisitiva de dinero ha perdido valor en una medida de gran importancia desde los primeros días de la lucha hasta la fecha. Todos los productos, de cualquier género que sean, han experimentado alzas considerables. El motivo puede encontrarse en parte en la escasez que la guerra ha producido, al disminuir el ritmo de producción española en determinados productos y al disminuir también, en algunos casos hasta desaparecer, el volumen de las importaciones para determinados productos. También ha contribuido en gran parte al alza de precios la especulación, en todas sus diversas manifestaciones. Pero la determinación de las causas que han dado lugar al nacimiento del problema, no basta para solucionar éste. De ahí que creamos que ha llegado ya la hora de intervenir seriamente en la economía española, y marchar de una manera decidida hacia un reajuste económico que nivele nuevamente la capacidad adquisitiva de nuestros trabajadores con el coste de los productos. Porque la realidad es que hoy por hoy la situación económica de los proletarios ha experimentado una peligrosa regresión.

Debe tenerse seriamente en cuenta que la situación económica de cada cual tiene una considerable tras-

cendencia e influjo en la moral de lucha de todos nuestros hombres. Y como es absolutamente necesario que esa moral sea lo más elevada posible, y como por otra parte sobre la moral de combate y de sacrificio influye decisivamente la solución del problema económico, de ahí que haya que cuidar a esto como se cuidaría a una de las claves de nuestra victoria.

Hay que convencerse de que quien no tiene sus necesidades mínimas adecuadamente cubiertas, no posee ni ánimos ni temple de lucha. Y por esto es necesario que, dentro de los imperativos crueles de las circunstancias, esas necesidades puedan cubrirse de una manera satisfactoria;

Medítese seriamente sobre estas cuestiones; pero medítese colocándose en el punto de vista del trabajador, no en el de la autoridad que se encuentra en una jerarquía elevada.

Visado por la censura

CADA UNO ES HIJO DE SUS OBRAS

Las clases en la guerra y en la revolución

No podían hacer los Sindicatos ningún milagro. En medio de la hoguera que era la guerra y la revolución —revolución en lo que tiene de constructivo, de creador—, ambas insuperables, tuvieron que pasar, en transición brusca, de unos métodos de actuación y trabajo a normas diametralmente opuestas. De ser unos Sindicatos preparados para contender y luchar con las clases opresoras y con las fuerzas a su servicio exclusivo, a constituir unos medios en los que triunfase una nueva estructuración de la economía. De ser esclavos y explotados en las industrias, fábricas y talleres, a regir y administrar los medios de producción.

Se comprende que hubiera ensayos, experiencias y titubeos. Había que construir sobre la marcha, porque los combatientes y los pobladores de la retaguardia no esperaban. Y había que construir sin un plan, sin una alianza y unas aspiraciones acordadas previamente y que hubieran unido en la acción de construir a los trabajadores de las dos Sindicales. Era natural que cada Sindicato ensayara, en alardes de agilidad revolucionaria, sus ideas queridas y que cada uno también imprimiera una tónica o una orientación. La sublevación de los explotadores sorprendió a los explotados sin bases de acción revolucionaria y constructiva. No se culpó de que existiera semejante laguna o defecto a la C. N. T., propugnadora de la Alianza Obrera Revolucionaria desde su Congreso de Zaragoza.

Se explica también que los Sindicatos pusieran más frenesí y pasión en defender sus postulados reivindicadores y de clase, que en construirlos e imponerlos. Surgieron demasiados detractores de la obra y aspiraciones del proletariado español. Esos detractores dieron impulso y aliento a todos los egoístas de la inhibición, a todos los neutros, de la zona antifascista. Con su obra derrotista, con sus censuras a voleo, sembraron la desmoralización y el desprestigio de los Sindicatos. Y menos mal que los Sindicatos no eran entelequias u organizaciones sin vida y vigor. Resistieron la acometida de la contrarrevolución y siguieron su obra, seguros de que luchando contra ellos se perderían la guerra y la independencia de España, y trabajando con ellos, llamándolos a colaborar responsablemente, se alcanzaría la victoria.

Y hasta los ciegos vieron y sintieron. Vieron que la única fuerza arrolladora, cantera de héroes y de productores, era la clase trabajadora organizada en las Sindicales. Vieron que gracias a las Colectividades agrarias y de industria, la producción, lejos de descender, ascendía. Vieron que las industrias de guerra se habían creado y funcionaban merced al esfuerzo agotador de los Sindicatos, que habían sabido superar todas las dificultades de unas circunstancias excepcionales. Vieron que las industrias socializadas y las sometidas al control de Comités de fábrica, marchaban con ritmo de guerra, a pesar de los estorbos que ponía la crítica y de la resistencia que oponían los que nunca quisieron dar su brazo a torcer. Y vieron tanto, que tuvieron que reconocer e impulsar muchos de los métodos ensayados para estructurar una economía de guerra que fuera base, más tarde, de una economía proletaria. Y como la cantera estaba en los Sindicatos y fuera de los Sindicatos había teoría, verborrea, irresponsabilidad, consignas, tracas y tópicos, todo eso que constituye el peso muerto de un pueblo en pie de guerra, tuvieron que ceder los dominios y críticos y fué posible llegar, de un lado, a la Alianza Obrera Revolucionaria —pacto U. G. T.-C. N. T.—, y, de otro, a un Frente Popular Antifascista.

Frete libertario

Redacción y Administración
COMITE DE DEFENSA
(Sección de Propaganda)
Serrano, 111 Teléfono 58653

VENTANO AL MUNDO

El mundo conocerá hoy a contestación de Burgos a Londres

Nuestra resistencia puede ser determinante de acontecimientos decisivos

Los inesperados ataques de los rebeldes, indican claramente que las posibilidades de victoria que disponen se agotan rápidamente

Nunca como en los últimos meses transcurridos han mostrado los rebeldes una insistencia tan persistente y angustiosa para lograr triunfos definitivos. Atacan y atacan sin cesar, derrochando el material bélico de que disponen, enviando millares y millares de sus combatientes al asalto de las líneas republicanas, y sufriendo, como consecuencia de esta táctica enorme desgaste, que sólo han servido para proporcionarles triunfos relativos que no guardan proporción con las energías que han perdido.

Hasta que iniciaron la campaña del Ebro los pasos de los rebeldes han sido siempre lentos, asegurando a su favor todas las circunstancias y procurando inclinar de su lado todas las ventajas. Sabían bien que en España no eran factibles los avances estrepitosos de sus brigadas motorizadas, que tanto resultaron en Abisinia. Una vez tan sólo —en las operaciones de Guadalajara—, se decidieron a utilizar aquella táctica, y el final fué catastrófico para las tropas italianas que intervinieron en aquellas acciones. La dolorosa experiencia de aquellas jornadas les hizo pensar seriamente en la gran potencia de nuestro Ejército. Y en lo que para ellos podía significar el empleo en nuestra guerra de la táctica militar empleada por los italianos en las tierras etíopes.

Pero a partir del comienzo de la batalla del Ebro se advierte claramente su prisa por liquidar la guerra. Prisa que encuentra su origen en la debilidad interna del campo

raccioso, que pretende sostenerse con las noticias de avances que ayudan a sostenerse al tinglado rebelde. De ahí su prisa. Y de ahí también la enorme trascendencia de nuestra resistencia, ante la que se estrellan una tras otra todas las oleadas de asalto de los mercenarios extranjeros.

En los frentes de Levante se está fraguando la caída en vertical del Ejército al servicio de Franco. Cada día de resistencia de nuestros heroicos soldados es un descalabro para los invasores, que cada vez se encuentran más al borde de la catástrofe definitiva. Estamos, pues, viviendo horas decisivas, que si bien son horas de dolor y de sacrificio, son también horas en las que se está fraguando la victoria del antifascismo español.

Nadie debe, pues, dar paso a la vacilación ni al desfallecimiento. Antes al contrario, reafirmando nuestra fe en la victoria, hemos de marchar decididamente a la conquista del triunfo que asegurará a los trabajadores españoles un futuro de vida digna y libre, que compensará sobradamente de todos los dolores y sacrificios presentes.

Se acercan horas decisivas; más aún, estamos ya viviendo horas decisivas. Y debemos tener la absoluta seguridad de que si entramos en ellas y las vivimos con ánimo seguro y firme, no dejarán de traernos rápida y urgentemente la victoria definitiva, por la que tantos sacrificios lleva realizados y tanta sangre derramada el proletariado español.

Y QUE PREDICAR CON EL EJEMPLO

Cuanto más elevado sea el cargo que se ocupa, tanto más austera debe ser la conducta que se observe

Una de nuestras más importantes palancas de victoria, uno de los impulsos más recios que hacen marchar a nuestros hombres a la lucha, a la muerte, si es preciso, se encuentra en la moralidad revolucionaria que debe ser norte y guía de todos nuestros pensamientos y de todas nuestras acciones.

Fué esa moral revolucionaria, exaltada en entusiasmo de triunfos tangibles, la que puso en manos del pueblo el edificio armónico de su libertad, en aquel ya lejano pero siempre palpitable julio de 1936. Ha sido esa moral revolucionaria la que ha sostenido firmes en sus puestos a todos nuestros hombres en los largos veinticuatro meses de duro e incansable batallar que van transcurridos. Ha sido esa moral revolucionaria la que ha impulsado a nuestro Ejército y a nuestro Pueblo a superar victoriosamente todos los heroismos y a realizar serenamente todos los sacrificios que están asegurando la victoria en nuestras manos. Es en esa moral revolucionaria, precisa-

mente en esa moral revolucionaria, donde se encuentra la más firme razón de nuestro triunfo.

No es preciso, pues, insistir en la necesidad en que constantemente nos encontramos de reafirmar toda la trascendencia y todo el influjo de esa moral a que nos referimos; y de reafirmarla aumentándola, que cada día es más duro el perfil de los sacrificios que hemos de vencer.

Pero como, por otra parte, al pueblo se le convence y se le entusiasma, no tanto por palabras, sino por obras, salta a la vista claramente la necesidad de predicar con el ejemplo. No puede repetirse entre nosotros la vieja fábula del fraile del cuento al que se atribuyen aquellas palabras de "ha dicho el padre prior que trabajéis y que después subamos a comer"; no, eso entre nosotros hay que predicar con el ejemplo y basar la autoridad en los propios sacrificios. Por esto también cuanto más elevado sea el cargo que se ocupe, cuanto más importante sea la misión que se desempeña, tan-

to más austera debe ser la conducta y tanto más recta y firme la intención.

Hay que exaltar la moral revolucionaria de toda la España antifascista. Pero los apóstoles de esa exaltación han de ser, precisamente, los hombres que de una u otra manera se encuentran al frente de los destinos de nuestro pueblo. Otra cosa quizás sea muy cómoda, pero no es, desde luego, de buenos antifascistas.

TRES libros esperados por la clase trabajadora

ROMANCES DE "C N T"

por Antonio Aguirre

Milicias Confederales

por Eduardo de Guzmán

ANTIFASCISMO PROLETARIO

por J. García Pradas

Del 9 largo

Recordamos hace días, desde esta seccioncilla, el olvido en que se tenía cierto bando que prohibía las luces al exterior.

Fué gran satisfacción para nosotros comprobar que el gobernador civil actual era de nuestra misma opinión. Siempre es una alegría coincidir en ideas buenas.

Pero el mismo día recordábamos la existencia de mendigos habituales en diversos lugares de nuestro Madrid (¡viva Madrid!).

No es que creamos, ni mucho menos, que no se le presta a este asunto la atención que merece. Lejos de nosotros pensar eso. Lo que suponemos, mejor dicho, lo que creemos es que no se habrá encontrado todavía la fórmula que resuelva esta irregularidad de nuestra castiza villa.

A pesar de todo, y teniendo en cuenta la imprecisa labor que pesa sobre los representantes de nuestro pueblo, nosotros alentáramos, alentamos, a quien correspondiera, para que activase el asunto y se terminara con ese espectáculo, triste en tiempos normales, pero trágico e inexplicable en los tiempos que padecemos.

Nuestras líneas no envuelven censura alguna a la actividad de las autoridades; son solamente un deseo de que nuestro Madrid sublime, sea sublime en todos los aspectos, y para llegar a esa sublimidad que deseamos todos, hay que acabar con el espectáculo de la mendicidad habitual.

Hoy se planteará en la Cámara de los Comunes el problema de los hundimientos de barcos, así como se dará cuenta por Chamberlain de la contestación de Burgos. El ciudadano de honor por la ciudad de Leeds, capital natural del condado de York tendrá un motivo más para creerse asistido de la mayoría de la opinión inglesa, y hasta pensará que los liberales habrán reflexionado sobre lo conveniente que es trabajar por la defensa del buen nombre de la Gran Bretaña, sin exponerla a los riesgos que supondría adoptar una postura decorosa, preparándose a afrontar un encuentro con las potencias que le han encarnecido el pabellón.

La distinción honorífica y los trabajos llevados a cabo por el Comité de no intervención, así como la temporal suspensión de bombardeos a los buques ingleses, serán armas que esgrimirá el "premier" en defensa de su política pacifista, aunque no pueda demostrar con dialéctica alguna el pobrísimos papel que hace la Gran Bretaña, entrando a dialogar con la Junta facciosa de Burgos, después de haber proclamado la claudicación máxima, aunque ésta haya corrido a cargo del subsecretario del Foreign Office, mister Butler, que supone decir que Inglaterra no puede dirigirse a Italia, ya que los agresores oficiales son los de Burgos.

Chamberlain callará cuando le convenga guardar silencio, tartamudeará cuando éste le defienda de las justas réplicas, desquitándose de estas obligadas posturas cuando recurra a sus trasudores por la defensa de su política apaciguadora, tan incomprensible por las oposiciones.

Una cosa, sin embargo, no podrá explicar mister Chamberlain en los Comunes. Esta: que la Junta facciosa de Burgos se haya atrevido a dar esta solución sultante a la Gran Bretaña, cual si fuese un vialato asiático: que los facciosos están dispuestos a adelantar algunas proposiciones para "elaborar nuevas leyes de guerra para el porvenir". Esto es lo que nunca podrá explicar el "premier": que sea una colección de figuras y figurantes, al servicio de Italia y Alemania, los que traten de fijar normas a la Gran Bretaña; que sean los piratas los que marquen una ruta a su marina mercante en el Mediterráneo, cual si el derecho de navegar fuese un privilegio antiinglés, a pesar de su marina de guerra, de sus libras y de su brillante historia en las gestas oceánicas.

La audacia de Burgos se ha hecho real y ha llegado al Foreign Office, subrayando una vez más la postura vergonzante del Gobierno de "los lores", teniendo que aceptar diálogo con los facciosos, a pesar de constarle que son Roma y Alemania las que cantan sus proezas legionarias en España, y por así haberlo querido este Gobierno de la derrota inglesa.

Esto es lo que nunca podrá contestar, ni realista ni metafóricamente, Neville Chamberlain: que los piratas a sueldo de Berlín y Roma pongan condiciones indecorosas a la "reina de los mares", cual si Inglaterra hubiese descendido a ser la vieja Anglia, aquella tierra pobre, donde vivían de sus cebadales y de sus puercos los abuelos de los actuales lores y sires.

Leed C. N. T.

S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.